

2.4 La interpretación psicoanalítica. Desde la intuición al insight

Gabriel Ianni*

“La intuición sin concepto es ciega, el concepto sin intuición es vacío”

Immanuel Kant

¿Cómo surge la interpretación en la mente del analista? Esta pregunta nos conduce al núcleo mismo de la práctica analítica. La interpretación no es fruto de la aplicación mecánica de una teoría; es el resultado de una operatoria psíquica donde confluyen la formación del terapeuta, las teorías, la atención flotante, la intuición y la capacidad de alojar la incertidumbre. El analista escucha *más allá* de las palabras del paciente, ya que toma aquellas que tienen una particular resonancia en su propia fantasmática y en su bagaje conceptual y transforma una hipótesis teórica de valor universal en un elemento singular de la historia de ese sujeto.

W. Bion (1963) plantea que el analista debe aproximarse al paciente **“sin memoria y sin deseo”**, es decir, sin imponer expectativas ni proyectos preconcebidos ni sobre el paciente ni sobre la sesión, manteniendo una mente abierta a aquello que emerge de manera auténtica en el encuentro clínico. Este estado de receptividad permite que *lo sabido no-pensado* (C. Bollas, 1991) pueda aparecer sin ser distorsionado por ideas previas. El analista, al mantener a raya sus propios deseos, se convierte en un contenedor disponible para aquello que surge en la relación analítica. De esta manera, W. Bion sugiere que la posición del analista debe ser de apertura radical frente a lo inesperado. Al suspender anticipaciones y prejuicios, el analista se habilita a recibir aquello que todavía no tiene forma, *absteniéndose* de ocupar el lugar de quien dirige la vida del paciente, siendo *neutral* a los valores del analizante, siendo neutral a las manifestaciones transferenciales; y sosteniendo un espacio para que lo singular pueda advenir. Bion nos presenta un analista que debe dejar atrás sus teorías, su conocimiento preexistente del paciente, dejando de lado lo que ya ha comprendido – ya que puede funcionar como obstáculo - para dar paso a un estado que permita que emerja lo nuevo, lo creativo. Al liberar la mente de las impresiones pasadas (memoria) y las proyecciones futuras (deseo), el analista puede estar en condiciones de comprender la experiencia emocional única e irrepetible de cada sesión. Se sitúa en el presente, sin pasado ni futuro, para captar lo desconocido y lo que está sucediendo en el momento.

La **teorización flotante** (P. Aulagnier, 1978) – que designa el lugar desde donde el analista escucha al paciente y desde donde interviene; y abarca los contenidos preconscientes del analista como la teoría del funcionamiento psíquico que posee, el *corpus teórico* desde el que piensa al paciente; que también incluye la fantasmática de su propia historia y la del paciente, así como también la historia transferencial que se va construyendo entre ambos, - aunada con la **intuición** constituyen el primer motor de la interpretación. Según Bion (1962): *“La intuición es una función del analista que participa del pensamiento y del sueño”* La intuición permite percibir resonancias afectivas y patrones latentes antes de que puedan ser articulados o conceptualizados. Es un estado

de **atención flotante**, una escucha abierta a los matices de la experiencia emocional, que reconoce lo sutil y lo fugaz, y que abre un espacio donde algo puede emerger como significativo. La intuición se convierte en la herramienta para captar lo aún no simbolizado, permitiendo percibir la vida emocional que palpita detrás de las palabras, del gesto o del silencio.

Esta capacidad se articula íntimamente con la **función alfa**, que Bion describe como la capacidad de transformar la experiencia emocional cruda y caótica en material pensable, y, por ende, susceptible de simbolización. La **función alfa** convierte los **elementos beta**, indigeribles y confusos, en contenidos psíquicos que pueden ser organizados y elaborados. En este sentido, *intuición* y *función alfa* trabajan juntas: la primera detecta lo emocional, la segunda lo transforma en material que puede ser pensado y comunicado, preparando el terreno para la interpretación.

Es en este vacío fértil donde emerge lo que Bion (1963) llamó **hecho seleccionado**: un punto de condensación de sentido que, entre una multiplicidad de datos, adquiere valor organizador. No es un dato aislado, sino un acto de organización mental que articula palabras, gestos o silencios en una constelación significativa: “*El hecho seleccionado es el nombre de una experiencia emocional, la experiencia emocional de un sentido de descubrimiento de coherencia*”. El hecho seleccionado constituye el núcleo que da coherencia a lo disperso y permite al analista construir un sentido, organizando la experiencia.

Este fenómeno no se podría dar sin la mediación de la **función alfa**, insisto, esa capacidad psíquica de transformar impresiones sensoriales y emocionales en elementos pensables. Allí donde el paciente proyecta fragmentos no metabolizados, el analista los acoge y los convierte en material susceptible de ser soñado, figurado y eventualmente comprendido. La función alfa permite que lo caótico se organice, que lo impensable se vuelva imagen o pensamiento. Y en ese tránsito se juega también la intuición, entendida no como un golpe azaroso, sino como una modalidad de aprehensión inmediata de lo inconsciente. La intuición es la resonancia del analista con lo que todavía no se puede articular. Es el pre-sentimiento de un sentido latente que pugna por abrirse camino. No se opone a la razón, sino que la precede y la prepara. Vinculada con la función alfa, la intuición actúa como un puente entre lo informe y lo pensable, entre lo inconsciente aún sin representación y la posibilidad de construir un sentido compartido en la sesión.

Transferencia y contratransferencia

La interpretación no puede pensarse por fuera de estas corrientes y contracorrientes dinámicas que atraviesan y configuran el diálogo analítico.

Como señala H. Etchegoyen: “*El paciente reproduce en la sesión conflictos y pautas de su pasado que asumen una vigencia actual, una realidad psicológica inmediata y concreta donde el analista queda investido de un papel (rol) que estrictamente no le corresponde*” (1986). El paciente deposita en la figura del analista la trama viva de sus vínculos primarios, y es en la contratransferencia donde el analista puede experimentar los ecos y resonancias de tales movimientos. En la **transferencia**, el pasado se actualiza en el presente, dotando a la relación terapéutica de densidad emocional y relevancia singular. La **contratransferencia**, lejos de ser un obstáculo, se convierte en un instrumento privilegiado de conocimiento. Bion (1962) concibe al analista como receptor de proyecciones, capaz de metabolizar aquello que el paciente aún no puede procesar. Paula Heimann (1950) amplía esta idea: la contratransferencia no es únicamente una reacción en el analista, sino parte constitutiva del campo intersubjetivo,

un medio para percibir en sí mismo los ecos de lo inconsciente proyectado por el paciente.

En este punto, la reflexión de R. Rodulfo (2012) sobre el **cuidar una experiencia** ilumina de un modo particular la labor del analista, que consistiría en transformar el encuentro intersubjetivo en una **experiencia** que debe ser cuidada. Es una actitud ética y clínica a la vez. Cuando Rodulfo plantea la necesidad de cuidar una experiencia, está subrayando que la vivencia no debe ser apresurada, invadida ni sustituida, sino acompañada en su singularidad. Cuidar implica ofrecer un marco donde lo que acontece pueda devenir **experiencia**, es decir, que pueda desplegarse y convertirse en propia y personal, sin que el analista la clausure con significaciones externas o la sofoque con intervenciones intrusivas.

En este sentido, la propuesta de Rodulfo dialoga profundamente con los conceptos winnicottianos de *holding* y *handling*. Hablamos de ese sostén corporal, afectivo y ambiental que la madre brinda al bebé y constituye la base para que la experiencia vital se sienta propia, alojada y metabolizable. No hablamos solo del cuidado físico, sino de una atmósfera de presencia sensible que permite que el infante experimente el mundo sin sentirse desbordado por él. Del mismo modo, el cuidar la experiencia que propone Rodulfo remite a una actitud clínica que preserva el ritmo del paciente, evitando la saturación de sentidos donde una actitud intrusiva podría arrancarlo de su propio proceso de simbolización, y apuntando a que el sujeto pueda hacer suyo lo que vive, para que pueda **ser** él mismo. Se trata de un acompañamiento que no sustituye ni invade, sino que crea las condiciones de posibilidad para que lo vivido se inscriba en la experiencia subjetiva y se transforme en material de pensamiento, de juego y de creación.

Interpretación, *timing* e *insight*

Interpretar es, en este marco, un acto destinado a desplegar el sentido latente, ofreciendo palabras allí donde lo reprimido enigmático se presenta como un misterio a descifrar. No se trata de imponer significados, sino de permitir que el material del paciente encuentre una forma pensable y comunicable. La interpretación requiere apertura y debe surgir en el momento en que el paciente pueda recibirla y elaborarla. Freud (1914) recuerda que “*no basta con hacer consciente lo reprimido; el paciente debe ser inducido a repetirlo como vivencia presente en lugar de recordarlo como un fragmento del pasado*”. Bion (1962) enfatiza que el analista debe aproximarse a que el significado se configure en el encuentro mismo entre analista y paciente. Más que una explicación cerrada, constituiría una apertura hacia la elaboración; más que una traducción, debe ser un acto creativo que acontezca en el espacio intersubjetivo y habilite al paciente a apropiarse de su propia verdad.

Siguiendo esta línea de pensamiento, Strachey (1934) introduce la noción de *interpretación mutativa*, al referirse a una intervención analítica que tiene el potencial de alterar las estructuras psíquicas del paciente; es decir, una formulación que no se limita al desarrollo de lo inconsciente, sino que busca provocar un cambio en la estructura subjetiva. Centrada en la distorsión transferencial, esta interpretación habilita el reconocimiento de la diferencia entre fantasía y realidad y permite reorganizar las estructuras internas. Lo que “muta” es la organización misma de la vida psíquica: defensas, afectos, modos de relación con los objetos internos. La mutación que produce no es producto de un simple esclarecimiento, sino una transformación en la experiencia del sujeto, que modifica su forma de relacionarse consigo mismo y con el mundo.

En esta trama, el **timing** – entendido como oportunidad y pertinencia a la hora de comunicar la interpretación - se revela como un elemento esencial del proceso analítico. No se trata solo de *qué* se dice, sino del momento preciso en que se interviene. Una interpretación puede transformarse en agente de comprensión o permanecer estéril, dependiendo de si se ofrece cuando el paciente “está listo” -o no- para recibirla. Etchegoyen (1986) nos recuerda que la técnica depende de esta comprensión del proceso; la interpretación prematura puede ser rechazada o vivida como ajena, mientras que la intervención oportuna encuentra resonancia y se integra en la experiencia del paciente. Por eso, Etchegoyen insiste en que la interpretación debe ser no solo *veraz, clara y desinteresada* sino también *oportuna*.

En esta dinámica, aparece también el momento del *insight*. El *insight* no es un destello intelectual ni una conclusión lógica a la que se arriba tras un razonamiento cierto. Es más bien un instante de revelación íntima, donde lo inconsciente, hasta entonces velado, se abre camino hacia la conciencia y se hace experiencia viva. No se trata simplemente de saber, sino de sentir y reconocer como propio aquello que antes era extraño, proyectado o negado. Freud (1914) lo pensó como el núcleo de la eficacia de la interpretación, ese pasaje en el que lo reprimido encuentra palabras y retorna transformado. H. Etchegoyen (1986) lo subrayó como condición central del proceso analítico, al señalar que la interpretación solo alcanza su verdadero valor cuando provoca en el paciente una comprensión que es a la vez intelectual y afectiva.

Y Bion, en otro registro, nos recuerda que el *insight* es inseparable de la labor de la función alfa: el trabajo silencioso de la mente que convierte lo informe en pensable, lo disperso en imagen, lo caótico en sentido. El *insight* es, entonces, un instante de apropiación subjetiva. Un enigma se ilumina desde adentro, y el sujeto puede, tal vez por primera vez, habitar de otro modo su propia experiencia. No es un descubrimiento externo, sino un acto de creación íntima; la recuperación de algo perdido, ahora reanimado en la trama viva de la palabra y el afecto.

La interpretación, en este horizonte, aparece como un acto de cuidado y de apertura. Como señala Etchegoyen “*La interpretación es una operación compleja que implica la reconstrucción de un sentido oculto en el discurso del paciente*” (1999). Interpretar no es imponer una verdad externa, sino acompañar el despliegue de lo latente hasta que pueda convertirse en palabra propia. La interpretación es la intervención privilegiada del psicoanálisis, que tiene por objetivo generar un efecto en el entramado representacional del analizado. Y mediante este trabajo se va reconstruyendo el sentido de los capítulos de la vida del paciente, de los fragmentos de su historia, logrando una verdadera remodelación de las construcciones fantasmáticas con las cuales el paciente se contaba su propia historia. Esto es operar sobre la realidad psíquica del paciente, y en el intercambio, poder modificar su propio pasado representacional para posicionarse subjetivamente de modo diferente en el presente, y poder armar un proyecto de futuro.

En suma, el hecho seleccionado, la función alfa, la intuición, el *insight*, la transferencia y la contratransferencia, junto con la actitud analítica de cuidado, se conjugan en un mismo movimiento. La interpretación nace de esa constelación: no como un acto solitario del analista, sino como un fenómeno que emerge en el *campo analítico* (Baranger, 1961), es decir, en la intersubjetividad que se constituye entre analista y paciente. No se trata de una construcción unilateral, sino del resultado de un trabajo compartido en el que convergen resonancias transferenciales y contratransferenciales, del despliegue del material inconsciente y de la capacidad de sostener la incertidumbre hasta que el sentido pueda configurarse. En este horizonte, la interpretación deja de ser una simple traducción de lo reprimido para devenir un proceso de co-elaboración, mediante el cual lo enigmático se vuelve pensable abriendo el camino a la elaboración y la historización.

ΨΨΨΨΨΨΨΨΨ

Bibliografía:

- Aulagnier, P. (1978) La violencia de la interpretación. Amorrortu Ed.
- Baranger, M., Baranger, W. & Mom, J. (1961). La situación analítica como campo dinámico. Buenos Aires: Paidós.
- Bion, W. R. (1962). Aprendiendo de la experiencia. Buenos Aires: Paidós.
- Bion, W. R. (1963). Elementos de psicoanálisis. Buenos Aires: Hormé.
- Bion, W.R. (1967). Notas sobre la memoria y el deseo.
- Bion, W.R. (1977). Volviendo a pensar. Buenos Aires: Paidós.
- Bollas, C (1991) La sombra del objeto. Buenos Aires. Amorrortu
- Etchegoyen, R. H. (1986). Los fundamentos de la técnica psicoanalítica. Buenos Aires: Amorrortu.
- Etchegoyen, R. H. (1999) Un ensayo sobre la interpretación psicoanalítica" Editorial Polemos.
- Freud, S. (1912) Consejos al médico. Obras completas (vol. XII). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1914). Recordar, repetir y reelaborar. Obras completas (vol. XII). Buenos Aires: Amorrortu.
- Heimann, P. (1950). Acerca de la contratransferencia. Revista de Psicoanálisis.
- Rodulfo, R. (2012). Padres e hijos. En tiempos de la retirada de las oposiciones. Buenos Aires: Paidós.
- Strachey, J. (1934). La naturaleza de la acción terapéutica del psicoanálisis. Revista de Psicoanálisis.
- Winnicott, D. W. (1960). Escritos de pediatría y psicoanálisis. Barcelona: Paidós.
- Winnicott, D. W. (1971). El proceso de maduración en el niño. Barcelona: Laia.

Sobre el autor:

Gabriel Ianni

Psicoanalista. Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica Internacional
Especialista en niños y adolescentes, acreditado por IPA
Presidente y docente de AECPNA